Extrait du ARTE, ARQUEOLOGÍA e HISTORIA

https://www.artearqueohistoria.com/spip/article203.html

ÁFRICA Y EL MUNDO ANTIGUO

- CRÓNICAS de ACTIVIDADES - Por años - Año 2010 -

Date de mise en ligne : Jueves 19 de mayo de 2011

Copyright © ARTE, ARQUEOLOGÍA e HISTORIA

Ã•FRICA Y EL MUNDO ANTIGUO

EL PERIPLO DE HANNÃ“N Y OTRAS EXPEDICIONES LEGENDARIAS

Ildefonso Robledo Casanova

Las tierras del Ã•frica tropical, como consecuencia de la desertizaciÃ³n del Sahara en los tiempos finales del NeolÃ-tico, quedaron aisladas con respecto a las culturas que se fueron desarrollando en la antigÃ¼edad en el mundo mediterrÃ¡neo, de modo que habrÃ¡ que esperar a la Baja Edad MedÃ-a para que Ã¡rabes y berÃ©beres, que atravesaban el desierto de una manera regular siguiendo las rutas caravaneras, mantengan un contacto sostenido con los pueblos subsaharianos. De tiempos anteriores, sin embargo, nos han llegado noticias legendarias que nos hablan de ciertos periplos marinos por las costas africanas, alguno de los cuales, de ser cierto, habrÃ-a conseguido bordear Ã•frica en una Ã©poca que se fecha en el entorno del aÃ±o 600 a.C.

Necao y los fenicios

A pesar de que el mundo egipcio mantuvo relaciones estrechas con los pueblos del MediterrÃ¡neo lo cierto es que las noticias que se tenÃ-an en la antigÃ¼edad sobre las tierras interiores de Ã•frica eran ciertamente confusas. La moderna arqueologÃ-a ha confirmado que las huellas de una posible presencia del mundo clÃ¡sico en el sur del Sahara son prÃ¡cticamente nulas antes de los tiempos tardÃ-os, a partir del siglo II d.C., cuando las tropas auxiliares sirias que protegÃ-an los intereses de Roma en el norte de Ã•frica introdujeron en estas tierras el uso del dromedario, que habrÃ-a de alcanzar su auge a partir del siglo III. SerÃ¡ entonces cuando se intensificarÃ¡ el trÃ¡fico comercial sahariano y aparecerÃ¡n restos arqueolÃ³gicos que confirmarÃ¡n esa actividad. AsÃ- sucede con las monedas romanas del siglo IV encontradas en la tumba de Tin-Hinan, de Abalessa, descubierta en Ahaggar.

Sin embargo, los historiadores griegos antiguos nos han transmitido ciertas noticias que circularon en la antigÃ¼edad que nos hablan de intentos decididos de explorar las costas africanas por parte de expediciones egipcias y persas. AsÃ-, por HerÃ³doto, sabemos que un contingente fenicio recibiÃ³ el encargo del faraÃ³n Necao (hacia 600 a.C.) de intentar la circunnavegaciÃ³n del continente. Seguimos a este historiador: â€œEn ese sentido es evidente que Libia (nombre que los antiguos daban a Ã•frica) estÃ¡ rodeada de agua por todas partes, salvo por el lado en que confina con Asia; que nosotros sepamos el rey de Egipto Necao fue el primero que lo demostrÃ³, ya que, tras interrumpir la excavaciÃ³n del canal que, desde el Nilo se dirigÃ-a al golfo arÃ¡bigo, enviÃ³ en unos navÃ-os a ciertos fenicios, con la orden de que, a su regreso, atravesaran las columnas de Heracles (actual

Copyright © ARTE, ARQUEOLOGÍA e HISTORIA

Estrecho de Gibraltar) hasta alcanzar el mar del Norte (MediterrÃ¡neo) y llegar de esta manera a Egipto. Los fenicios, pues, partieron del mar eritreo (Mar Rojo) y navegaron por el mar del sur (OcÃ©ano Ã•ndico). Y cuando llegaba el final del otoÃ±o, atracaban en el lugar de Libia en que, en el curso de su travesÃ-a, a la sazÃ³n se encontraban, sembraban la tierra y aguardaban hasta la siega. Y, una vez recogida la cosecha, reemprendÃ-an la navegaciÃ³n, de manera que, cuando habÃ-an transcurrido dos aÃ±os, en el tercer aÃ±o de travesÃ-a doblaron las columnas de Heracles y arribaron a Egipto. Y contaban â€“cosa que a mi juicio no es digna de crÃ©dito aunque puede que lo sea para alguna otra persona- que al contornear Libia, habÃ-an tenido el sol a mano derechaâ€•.

Fracaso de Sataspes

Es difÃ-cil que podamos contrastar en nuestros dÃ-as hasta que punto las noticias que nos ha transmitido HerÃ³doto son fiables. No existen dudas con respecto a los viajes que en la antigÃ¼edad se realizaban vÃ-a Mar Rojo hasta las tierras ubicadas en las costas del OcÃ©ano Ã•ndico. Los vientos monzones, con sus alternancias, facilitaban tanto el viaje de ida como el de regreso. La afirmaciÃ³n, increÃ-ble para HerÃ³doto, de que los marinos en un momento determinado habÃ-an visto elevarse el sol por su derecha, es cierta siempre que hubieran sido capaces de doblar el Cabo de Buena Esperanza y brinda por ello un halo de verosimilitud al relato. Sin embargo, la posibilidad de remontar las aguas del AtlÃ¡ntico en el tramo entre el actual Senegal y Marruecos, siempre con el viento en contra, parece una prueba imposible de superar con los medios que los marinos de esos tiempos poseÃ-an.

En todo caso, el mismo HerÃ³doto, en otro pasaje, nos habla de otro personaje, el persa Sataspes, que a principios del siglo V a.C. habrÃ-a sido tambiÃ©n enviado con la misma intenciÃ³n de explorar las costas africanas, fracasando esta vez en su intento. En efecto, dice HerÃ³doto: â€œel aquemÃ©nida Sataspes, hijo de Teaspis, en el curso de su travesÃ-a no lograÃ³ contornear Libia, pese a que se le habÃ-a enviado con ese objetivo. Al contrario, por el temor que le inspiraba la magnitud y la soledad del viaje, volviÃ³ sobre sus pasos sin haber llevado a cabo la empresa que la habÃ-a impuesto su madre...â€•.

Y mÃ¡s adelante: â€œentonces Staspes se llegÃ³ a Egipto, fletÃ³ una nave con marineros de esa nacionalidad y se hizo a la mar con rumbo a las columnas de Heracles. Tras haberlas flanqueado y haber doblado el cabo de Libia cuyo nombre es Solunte, puso proa hacia el sur. Al cabo de muchos meses llevaba recorrida por la superficie del mar una considerable distancia, pero, en vista de que siempre faltaba un trayecto superior, virÃ³ de bordo poniendo rumbo a Egiptoâ€•.

Copyright © ARTE, ARQUEOLOGÍA e HISTORIA

Todas estas noticias que el pasado nos ha transmitido gracias a la labor recopilatoria de HerÃ³doto, nos estÃ¡n hablando de diversos intentos de los antiguos por arribar a las tierras remotas del Ã•frica negra y es probable que tengan un cierto trasfondo de veracidad. No importa demasiado que estas informaciones concretas sean ciertas o no, lo importante es que reflejan aun cuando sea de manera legendaria el interÃ©s de aquellos hombres por conocer unas tierras remotas. QuizÃ¡s los fenicios no llegasen nunca a remontar el Cabo de Buena Esperanza, pero aÃºn en ese caso todo parece indicar que no habrÃ-an estado demasiado lejos y que habrÃ-an sido sus informadores locales los que les habrÃ-an hecho saber que mÃ¡s allÃ¡ de ese punto se producÃ-a un cambio notable de rumbo para los navÃ-os que bordeaban la costa y que a partir de ese momento todos afirmaban que el sol, al amanecer, se situaba a la derecha del navegante.

Comercio mudo

Es un hecho constatado que fenicios y cartagineses mantuvieron estrechos contactos comerciales con los pueblos del sur de Iberia y que aprovechando los conocimientos que los marinos tartesios poseÃ-an de la costa noroccidental africana hicieron viajes comerciales por la zona, arribando hasta las tierras situadas al sur del Marruecos actual y tomando conocimiento de la existencia de las islas Canarias y Madeira. HerÃ³doto, refiriÃ©ndose a los cartagineses, nos ha transmitido noticias concretas que nos hablan de una curiosa forma de intercambio comercial entre los pÃºnicos y los nativos de la zona que, a pesar de desconocer sus lenguas respectivas, no por ello dejaban de realizar pingÃ¼es intercambios. En efecto: â€œEn Libia, allende las columnas de Heracles, hay cierto lugar que se encuentra habitado; cuando arriban a ese paraje, descargan sus mercancÃ-as y las dejan alineadas a lo largo de la playa y acto seguido se embarcan en sus naves y hacen seÃ±ales de humo. Entonces los indÃ-genas al ver el humo acuden a la orilla del mar y, sin pÃ©rdida de tiempo, dejan oro como pago de las mercancÃ-as y se alejan bastante de las mismas. Por su parte, los cartagineses desembarcan y examinan el oro; y si les parece un justo precio por las mercancÃ-as, lo cogen y se van; en cambio, si no lo estiman justo, vuelven a embarcarse en las naves y permanecen a la expectativa. Entonces los nativos, por lo general, se acercan y siguen aÃ±adiendo mÃ¡s oro, hasta que los dejan satisfechos. Y ni unos ni otros faltan a la justicia; pues ni los cartagineses tocan el oro, hasta que a su juicio haya igualado el valor de las mercancÃ-as, ni los indÃ-genas tocan las mercancÃ-as antes de que los mercaderes hayan cogido el oroâ€•.

La arqueologÃ-a ha confirmado esa presencia de los comerciantes pÃºnicos en la costa occidental de Marruecos, en tanto que las fuentes antiguas han situado en la que denominan isla de Cerne la factorÃ-a mÃ¡s meridional existente en la zona, isla que posiblemente tengamos que identificar con la actual Mogador. Es conocido que allÃ-los pÃºnicos ofrecÃ-an productos cerÃ¡micos que intercambiaban por pieles de ciervos y felinos (leones y leopardos) asÃ- como colmillos de elefantes que aportaban los pueblos etÃ-opes. Por esas mismas fuentes (el denominado â€œPseudo-EscÃ-laxâ€•) sabemos que los nativos producÃ-an un vino local con las uvas que cultivaban en sus propios viÃ±edos, lo que hace que el lugar, al ser ese cultivo impropio de parajes tropicales, haya de enmarcarse no lejos de la actual zona sur de Marruecos. Para diversos autores, entre ellos GÃ³mez EspelosÃ-n, Cerne no serÃ-a una isla real sino que en la visiÃ³n griega del ocÃ©ano AtlÃ¡ntico representarÃ-a un punto imaginario mÃ¡s allÃ¡ del cual serÃ-a totalmente imposible navegar.

Por las fuentes antiguas que venimos manejando sabemos que pÃºnicos y griegos tenÃ-an conocimiento de que en la costa africana, frente a la isla de Cerne, habitaban los denominados etÃ-opes, pueblo que, segÃºn algunos, venÃ-a ocupando sin interrupciÃ³n todas las tierras que se extendÃ-an desde Egipto hasta estos fabulosos lugares. En los viejos poemas homÃ©ricos y en la literatura griega mÃ¡s antigua la tierra de los etÃ-opes era un lugar privilegiado que se distinguÃ-a por gozar del favor de los dioses, que habÃ-an hecho que sus habitantes, a pesar de ser de piel negra, fuesen especialmente bellos y esbeltos. Fuera de esta vieja visiÃ³n mÃ-tica lo cierto es que el conocimiento real que el mundo clÃ¡sico tenÃ-a acerca de los hombres de color que habitaban Ã•frica mÃ¡s allÃ¡ de Egipto era confuso. Era muy escasa la informaciÃ³n fidedigna que se poseÃ-a entonces de estos pueblos que se situaban en los confines meridionales del mundo conocido.

En el denominado â€œPeriplo del Pseudo EscÃ-laxâ€•, posiblemente una compilaciÃ³n de textos anteriores que habrÃ-a sido realizada en el entorno del aÃ±o 335 a.C., se nos brinda una interesante informaciÃ³n acerca de los parajes a los que antes nos hemos referido: â€œLa navegaciÃ³n a lo largo de la costa desde las columnas de Heracles hasta el promontorio de Hermes (debe hacer referencia a la zona del cabo de San Vicente) es de dos dÃ-as. Desde el promontorio de Hermes hasta el promontorio de Solunte (se identifica con el actual cabo CantÃ-n) la navegaciÃ³n costera es de tres dÃ-as. Desde Solunte hasta Cerne la navegaciÃ³n costera es de siete dÃ-as. La navegaciÃ³n total desde las columnas de Heracles hasta la isla de Cerne es de doce dÃ-as. Las partes de mÃ¡s allÃ¡ de la isla de Cerne ya no son navegables a causa de las aguas poco profundas, del lodo y de las algas. Las algas son de una palma de ancho y la parte de arriba es en punta de modo que se clavan. Los comerciantes son fenicios; cuando llegan a la isla de Cerne, fondean los barcos mercantes y en la isla instalan sus tiendas; una vez que han obtenido el cargamento ellos mismos lo transportan en pequeÃ±os navÃ-os hacia el continente (las costas africanas). Hacia el continente estÃ¡n los etÃ-opes. Estos etÃ-opes son con los que establecen tratos...â€•.

El periplo de HannÃ³n

En este contexto de una presencia efectiva de fenicios y cartagineses en el costado noroccidental de Ã•frica debemos situar ciertas noticias que nos hablan de una hipotÃ©tica expediciÃ³n marÃ-tima pÃºnica que quizÃ¡s habrÃ-a alcanzado lo que hoy son costas del Senegal, o incluso hasta algo mÃ¡s allÃ¡. Se trata de un texto griego que estarÃ-a traduciendo un documento original cartaginÃ©s que se atribuye a un tal HannÃ³n y que nos habla de un viaje de leyenda del que sin embargo HerÃ³doto no tuvo ninguna informaciÃ³n, ya que no lo menciona en su obra. El texto, cuyos datos no han podido ser conciliados con la informaciÃ³n que ofrece la geografÃ-a moderna, puede que sea una imaginativa mezcla de diversas referencias reales del litoral marroquÃ-, que vimos que los pÃºnicos conocÃ-an bien, con otras visiones tÃ³picas y sorprendentes de las ignoradas regiones del Ã•frica tropical. En todo caso, en palabras de GÃ³mez EspelosÃ-n â€œa diferencia de otros Periplos, el de HannÃ³n parece referir una experiencia personal, el testimonio de primera mano y autobiogrÃ¡fico de un hombre que ha afrontado un viaje hacia lo desconocido para abrir nuevos horizontes al conocimiento humanoâ€•.

Copyright © ARTE, ARQUEOLOGÍA e HISTORIA

Vestigios de Cartago en la actualidad.

El texto del Periplo habrÃ-a sido depositado en el santuario de Cronos (Baal Moloch) en Cartago por HannÃ³n, un rey cartaginÃ©s de nombre muy comÃºn que no ha podido ser identificado. SegÃºn el texto este personaje, al mando de una flota integrada por sesenta penteconteros, habrÃ-a emprendido un viaje colonizador por las costas de Ã•frica, mÃ¡s allÃ¡ de las columnas de Heracles. Para hacer realidad ese deseo de fundar nuevas colonias en esos apartados parajes la expediciÃ³n habrÃ-a estado integrada por una masa de treinta mil hombres y mujeres. Se nos dice que dos dÃ-as despuÃ©s de traspasar las columnas fundaron la primera colonia, a la que pusieron el nombre de Timiaterio; posteriormente, levantaron un santuario a PoseidÃ³n en Solunte y, mÃ¡s adelante, fueron estableciendo nuevas colonias en diversos lugares que la arqueologÃ-a no ha sido capaz de detectar: Fuerte Cario, Gite, Acra, Melita y Arambis. Prosiguiendo la navegaciÃ³n, los expedicionarios habrÃ-an arribado a la desembocadura del rÃ-o Lixos, alcanzado finalmente la mÃ-tica isla de Cerne, acerca de la cual nos indican que: â€œPudimos comprobar por el viaje realizado que se hallaba situada en lÃ-nea recta desde Cartago, pues la navegaciÃ³n era la misma desde Cartago hasta las columnas que desde allÃ- hasta Corneâ€•.

El Periplo de HannÃ³n, de ser real, estarÃ-a describiendo un ambicioso viaje realizado en el siglo V a.C.; sin embargo, existen dudas razonables de su autenticidad, sobre todo si consideramos que los pÃºnicos siempre se mostraron muy prudentes a la hora de divulgar sus expediciones marinas. Es notorio el sigilo con que guardaron sus conocimientos de las rutas atlÃ¡nticas y se sabe que cuando se sentÃ-an seguidos por los romanos preferÃ-an hacer encallar voluntariamente sus naves para evitar asÃ- que sus enemigos conocieran esas rutas. La multitud de tÃ³picos existentes en la antigÃ¼edad sobre los monstruos que poblaban las aguas del AtlÃ¡ntico y los inmensos peligros que allÃ- existÃ-an para los navegantes habrÃ-an sido una invenciÃ³n de los pÃºnicos para mantener asÃ- alejados de la zona a posibles competidores. Ya hemos mencionado, igualmente, que la investigaciÃ³n arqueolÃ³gica no ha podido contrastar la existencia real de las colonias que se habrÃ-an fundado en este viaje y que se citan en el texto.

Tambores en la noche

El Periplo de HannÃ³n, mÃ¡s allÃ¡ de la isla de Cerne, ofrece sugerentes noticias que quizÃ¡s nunca podamos confirmar si nos hablan de un viaje real o son simplemente producto de la fantasÃ-a y se limitan a recoger los conocimientos tÃ³picos que sobre estas apartadas regiones se poseÃ-an en la antigÃ¼edad. AsÃ-, se nos habla sucesivamente de lugares habitados por pueblos salvajes que se vestÃ-an con pieles de bestias y que arrojando piedras impedÃ-an que los expedicionarios pudiesen desembarcar. Desde los navÃ-os los hombres de HannÃ³n habrÃ-an podido contemplar, atemorizados, inmensas regiones selvÃ¡ticas desde las que en la noche llegarÃ-an amenazadores griterÃ-os: â€œNo vimos nada durante el dÃ-a, excepto la selva, en cambio de noche vimos numerosos fuegos que ardÃ-an y escuchamos el sonido de flautas y el estruendo de cÃ-mbalos y de tambores y un innumerable griterÃ-oâ€•. Llenos de temor los pÃºnicos habrÃ-an contemplado como la tierra era poseÃ-da por el fuego, debido al parecer a la acciÃ³n de un volcÃ¡n, ya que en un lugar conocido como â€œEl soporte de los diosesâ€• el fuego llegaba casi a quemar las propias estrellas.

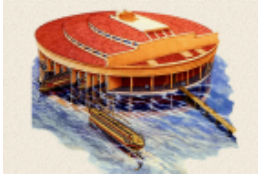
Copyright © ARTE, ARQUEOLOGÍA e HISTORIA

El texto finaliza con la llegada al golfo que los pÃºnicos denominan como Cuerno del Sur, que para GÃ³mez EspelosÃ-n serÃ-a el punto mÃ¡s extremo del sur, alcanzable tanto desde el oriente como desde el occidente y que podrÃ-a corresponder en la concepciÃ³n que los griegos tenÃ-an de Ã•frica al entorno del Cabo Guardafui. En ese paraje, â€œen el entrante mÃ¡s profundo habÃ-a una isla que era igual a la primera que contenÃ-a tambiÃ©n un lago y en Ã©l habÃ-a otra isla repleta de gentes salvajes, la mayor parte de las cuales eran mujeres de cuerpos muy velludos a las que los intÃ©rpretes denominaban â€œgorilasâ€•, tras perseguir a los hombres no fuimos capaces de capturarlos sino que consiguieron escapar escalando por riscos escarpados y defendiÃ©ndose con lo que tenÃ-an a mano, en cambio pudimos capturar a tres mujeres que tras morder y araÃ±ar a los que las llevaban no quisieron seguirlos. AsÃ- que tras haberlas dado muerte las despellejamos y transportamos sus pieles hasta Cartago. Pues ya no continuamos la navegaciÃ³n mÃ¡s adelante al faltarnos las provisionesâ€•.

Necrópolis de Cartago

Retorno imposible

Del texto del Periplo algunos estudiosos han deducido que los pÃºnicos podrÃ-an haber arribado en esta legendaria expediciÃ³n a las costas del actual Senegal o incluso hasta algo mÃ¡s abajo de la cornisa africana, pero esa posibilidad ha sido combatida por investigadores como R. Mauny que, buen conocedor de la zona, ha sostenido de manera clara la imposibilidad del viaje de retorno utilizando los medios tÃ©cnicos de navegaciÃ³n que se conocÃ-an en la fecha en que el Periplo habrÃ-a sido realizado (siglo V a.C.). Parece irrebatible que barcos dotados de una vela cuadra y sin timÃ³n, aÃºn cuando contasen con remos, no podrÃ-an contrarrestar la acciÃ³n de los fuertes vientos que soplarÃ-an siempre en sentido contrario a la marcha. Los vientos alisios del nordeste y el rÃ©gimen de las corrientes marinas entre el Senegal y Marruecos imposibilitarÃ-an el viaje de retorno. Sabemos, en este sentido, que existen noticias de navÃ-os gaditanos antiguos que se perdieron en las costas africanas al haber traspasado los lÃ-mites del rÃ-o Lixos (al sur de la actual Agadir). Incluso en tiempos muy posteriores, en 1291, los hermanos Ugolino y Vadino Vivaldi, que intentaban nuevamente costear el continente africano, desaparecieron sin dejar ningÃºn tipo de rastro. No sabemos hasta donde llegaron, pero lo indudable es que no pudieron regresar.



Reconstrucción del puerto de Cartago.

Todo parece indicar que el Periplo de HannÃ³n es un mero producto literario griego, en el que al modo de un relato de aventuras se recogerÃ-an noticias reales y fabulosas acerca de las regiones mÃ¡s occidentales y meridionales

del mundo conocido, siendo su destino un pÃºblico muy concreto integrado por los lectores cultos del Ã¡mbito helenÃ-stico. El relato ofrece, sin duda, una cierta dosis de credibilidad, en la medida en que se fundamenta en la contrastada presencia pÃºnica en las actuales costas de Marruecos, si bien a medida que la acciÃ³n se aleja de estos parajes conocidos el influjo de la fantasÃ-a parece incrementarse. Esa credibilidad exigÃ-a que los protagonistas de la acciÃ³n fueran cartagineses; en otro caso el relato habrÃ-a resultado inverosÃ-mil, ya que en esos tiempos la presencia griega en la zona era nula, debido a que los cartagineses controlaban de manera fÃ©rrea las aguas del Estrecho y sabemos por los cronistas antiguos que todos los navÃ-os que se acercaban allÃ- eran hundidos irremediablemente. En el caso hipotÃ©tico de que alguien hubiese intentado realizar este viaje fabuloso solo podrÃ-an haber sido los marinos de Cartago, lo que motivÃ³ que el autor griego del relato, que conocÃ-a esta circunstancia, decidiera incluirlos como protagonistas de su acciÃ³n.

Restos de las termas romanas de Cartago.

BIBLIOGRAFÃ•A

GarcÃ-a y Bellido, A. (1945): â€œEspaÃ±a y los espaÃ±oles hace dos mil aÃ±os, segÃºn la GeografÃ-a de StrabÃ³nâ€•. Madrid.

GarcÃ-a Moreno, L.A. y GÃ³mez EspelosÃ-n, F.J. (1996): â€œRelatos de viajes en la literatura griega antiguaâ€•. Madrid.

GÃ³mez EspelosÃ-n, F.J. (1985): â€œViajeros de la AntigÃ¼edadâ€•. Madrid.

HerÃ³doto (1979): â€œHistoriaâ€•, versiÃ³n de C. Schrader. Madrid.

Copyright © ARTE, ARQUEOLOGÍA e HISTORIA